



LA HOJA

PARROQUIAL

SANTA MARIA LA REAL DE LA CORTE.—OVIEDO

- Cuaresmales -

Las dos líneas de combate

Qui non est mecum, contra me est.
 Quien no está por mí, contra mí está.
Luc. XI, 23.

REZA el Evangelio de hoy el milagro obrado por el Salvador en la persona de un infeliz, poseso del maligno espíritu, que le privaba del uso del habla y del oído. Devolviole el Divino Maestro la libertad de estos sentidos lanzando además de su cuerpo al huésped inmundo que le atormentaba.

Ante este maravilloso hecho, el pueblo absorto de admiración porrumpió en alabanzas del Señor. Sólo una voz ronca y destemplada interrumpía este concierto universal de júbilo y de vítores: era la voz de los fariseos que, no pudiendo negar la realidad del prodigio verificado a su vista, atribuyéronlo a intervención de Belcebú, como si ya no fuese el mayor de los absurdos suponer que Jesús lanzaba los demonios por obra y virtud del mismo demonio... ¡Último recurso de los incrédulos en todos tiempos pretender explicar por medio de absurdos lo que en la religión y en la fe tiene una explicación sencilla! Todo, a fin de no verse obligados a admitir sus consecuencias.

Tomando pie el Salvador de la blasfema calumnia de sus adversarios, la rechaza y combate con argumentos irrefragables, con sentencias decisivas.

Uno de esos argumentos, una de esas admirables sentencias parece por su oportuni-

dad la más digna, entre todas, de llamar nuestra atención: *Qui non est mecum, contra me est. Quien no está por mí, contra mí está*, dice el Señor. Y luego, como queriendo sensibilizar la misma idea, añade: *Quien conmigo no recoge, esparce*.

Doctrina ésta con la que claramente nos enseña que en lo tocante a religión, no hay más que dos líneas de combate, dos campos de lucha: el de los que están al lado de la verdad, y el de los que militan contra ella.

Entre la verdad y el error, no caben, no, transacciones ni medias tintas: es necesario ser creyente de veras y aceptar todas las consecuencias de la fe, o resolverse a ser enemigo de ella y cargar con toda la odiosidad de este dictado.

Así nos lo enseña la buena filosofía y casi pudiera decirse el sentido común. Y, sin embargo, apenas hay cosa en el terreno de los hechos más combatida o más olvidada. Tiénesse por suma prudencia el estar equidistante de los puntos. La pureza de convicciones y las prácticas religiosas califican de exageración e intolerancia. Se quiere vivir en paz con todo y con todos, con la conciencia y con el mundo, con el espíritu de fe y con el espíritu de impiedad, con la luz y con las tinieblas, con Cristo y con Luzbel... No, mil veces no, dice el Hombre-Dios. *Qui non est mecum, contra me est. Quien no está por mí, contra mí está*.

No sabéis ni el día ni la hora

¿Cómo o cuándo moriré?

No sé.

Pues ¿qué o cómo estoy dudando,
cuando,
pues el morir es de fe,
moriré?

Dios mío: pues ¿qué diré
que despierte mi deseo,
sí, aunque lo digo y lo creo,
no sé cuándo moriré?

oo

San José, patrono de la Iglesia

La gloria de San José ha llegado a su cenit y resplandece purísima en la Iglesia universal. La práctica de los Siete Domingos va tomando carta de naturaleza y, si afianza más y más la piedad de los fieles, atrae no menos al redil del buen Pastor a innumerables ovejas descarriadas.

Este despertar cristiano, para reconocer de un modo tan legítimo las incomparables prerrogativas de San José como sol de soles en el cielo esplendente de los santos, se debe sin duda de un modo especialísimo —sobre todo ente nosotros— a aquella santa española en quien corrieron parejas el vuelo del serafín y el sentido práctico de la vida: Teresa de Jesús. Y, como escalonados en la glorificación de San José, hallamos a aquellos lumineros del saber y la santidad, llamados San Bernardino de Sena, el devotísimo canciller Gersón, San Bernardo, San Juan Crisóstomo y San Agustín.

Llegó, por fin, el tiempo en que, declarado desde la cátedra infalible Patrono de la Iglesia universal, comparte con Jesús y María aquel honor singular y único de estarles unido como otro ninguno y formar la trinidad terrestre, reflejo de la Trinidad divina.

¡A El sea el honor, gloria y alabanza! ¡Que El bendiga siempre y proteja a sus devotos en las luchas de la vida, y les asista en la hora de la muerte!

oo

Después de la amnistía

Se equivocan quienes quieran sospechar que nos hallamos contrariados por la aplicación de la amnistía, que ha puesto en libertad

a los condenados por la revolución de octubre del treinta y cuatro. En la sesión de la Diputación Permanente de las Cortes, los representantes de las derechas la han aprobado, sin discusión, por unanimidad absoluta.

Sus propagandistas preelectorales la han ofrecido sinceramente en sus discursos.

De triunfar las derechas igualmente se hubiera aplicado aquella, aunque sin tanta precipitación y sin salirse ni un ápice de los cauces legales. Pero se hubiera aplicado.

Sin sentimentalismos ridículos, pero con un espíritu cristiano que induce siempre al perdón y al olvido, se hubiera cumplido la promesa de devolver a las familias los seres que, por obcecación o engaño, se han visto encartados en los dolorosos sucesos de aquella revuelta que tantas víctimas costó a la región asturiana.

.....

Bien están el perdón y el olvido, son sentimientos que llenan los corazones cristianos afanosos de cumplir los preceptos de la caridad, perdonar las deudas para ser nosotros perdonados, y sólo nos produce amargura el hecho de que los infelices amnistiados salgan de su encierro todavía repletos de odios y levantando los puños en señal de amenaza.

Por eso hoy, desde estas columnas, volvemos a demandar paz y convivencia, fraternidad cristiana y respetos mutuos, acatamiento a las leyes y disciplina social; todos somos hermanos y, como hermanos, debemos tratarnos, dejando los rencores y olvidando lo pasado para hacer más confortable la vida terrena y ayudarnos todos a soportar las múltiples necesidades a que tenemos que atender.

Somos hombres y somos cristianos, y, como tales, perdonamos a los unos y elevamos una oración al Cielo por los que perecieron.

Fray Aducto.

oo

Diálogo parroquial

—Hoy vengo a reñir, doña Andrea.

—Eso, eso, riña usted y predique bien, y así saldremos a dos sermones por semana: uno, el del Padre en la iglesia, y otro...

—¡Si por eso mismo vengo a reñir y a predicar, por eso mismo! El domingo pasado no

asistió su familia al sermón. ¡Usted sola estaba, usted sola! ¡Y esto es muy triste, doña Andrea, muy triste!

—Cierto, pero verá lo que pasa. Mi marido es muy creyente, muy buen cristiano, pero cristiano de los de a machamartillo, creyente muy instruído en las cosas de fe. Así es que perdóneme si le digo con franqueza que no necesita sermones. Los criados, con tal que cumplan su obligación durante la semana, basta. Las tardes dominicales las tienen libres para salir y divertirse. Y en cuanto a mis hijos... vamos, ahí, a la verdad, tengo un poco de culpa...

—Un poco ¿eh?

—Sí, porque debía mandarlos al sermón. Pero no me gusta estirar tanto la cuerda.

—Malo, malo, malo.

—Sí, ya lo decía yo que en este punto.....

—En este, y en el otro, y en el de más allá. Vamos si no a cuentas. Dice usted que su marido no viene al sermón, porque está muy instruído en las cosas de la fe. ¡Ay, doña Andrea! ¡Si estaría instruída la Virgen María, y escuchaba confundida con los primitivos fieles los sermones de los Apóstoles! ¡Si estará instruído Su Santidad el Papa, y oye como el cristiano más sencillo los sermones cuaresmales que a El y a todos los cardenales predica en Roma un Padre capuchino!

—Ya lo veo, señor cura Pero lo decía.....

—No, no diga nada. La fe entra y se conserva por el oído. Más que los milagros, dígame bien, más que los milagros, convierten al mundo los sermones, la predicación de la divina palabra. Y ¡ay de aquél, doña Andrea, ay de aquél que sistemáticamente no escucha la palabra de Dios, que no asista al sermón!

—Por Dios, señor cura, no se ponga así, no me hable tan fuerte.

—¡Ah! No soy yo el que habla tan recio, no soy yo el que así asusta y pone miedo. Es la Verdad, es Jesucristo. *El que es de Dios* —decía a los fariseos— *escucha la palabra de Dios: por eso, vosotros no la escucháis, porque no sós de Dios.*

—No lo entendía así, señor. Pero se acabó. En lo sucesivo allí nos tendrá usted a los dos oyendo el sermón, a los dos ¡fíjese usted bien!

—Y ¿sus hijos? ¿Y los criados? ¡Ah! déjese usted de demasiada rigidez y severidad. Se trata de educar sanamente, cristianamente a

sus hijos, y aquí nunca se puede decir: basta, es demasiado. ¿Se quiere que haya sirvientes buenos, sirvientes abnegados que envejecan al lado de sus amas? pues hay que preocuparse algo más que de su cuerpo y de su trabajo, hay que preocuparse también de su alma, enseñándoles a conocer y a amar a Jesucristo.

—Dice usted bien, señor cura. Descuide que en adelante ninguno de mis sirvientes perderá el sermón. Y mis hijos serán los primeros en acudir. No faltaba más. Quiero salvar mi alma y la de mis hijos y la de todos los que de mí de pendan. A todo trance, cueste lo que cueste, quiero que todos escuchen la palabra de Dios para que todos sean de Dios.



Queremos

que el pueblo cristiano *se entere* de que es cristiano, y que no lo sea de puro nombre: que *se entere* de que hay mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y que debe cumplirlos felizmente:

que *se entere* de que Jesucristo está presente en el sacramento del altar.

—¡Oh, si todos se enterasen bien de estas verdades!....



No se puede servir a dos señores

OVILLEJO

¿Cual es puerta de salud?

Virtud.

¿Quien saca al alma de quicio?

El vicio.

¿quien le da la perfección?

Oración.

Vivamos con discreción no se engañando ninguno: porque no son para en uno virtud, vicio y oración.



ADVERTENCIAS

Martes, viernes y sábado: días de ayuno.

Viernes: ayuno y vigilia reservada.

Jueves, festividad de San José, hay obligación de oír misa y no se puede trabajar.

